

Fundación Juan March

poética y POESÍA

JOSÉ MARÍA MICÓ

Madrid MMXX



José María Micó



Fundación Juan March

Madrid MMXX

Cuadernos publicados:

- | | |
|------------------------------------|------------------------------|
| 1. Antonio Colinas | 21. Jordi Doce |
| 2. Antonio Carvajal | 22. Amalia Bautista |
| 3. Guillermo Carnero | 23. Vicente Valero |
| 4. Álvaro Valverde | 24. Javier Rodríguez Marcos |
| 5. Carlos Marzal | 25. Olvido García Valdés |
| 6. Luis Alberto de Cuenca | 26. Luis Antonio de Villena |
| 7. Eloy Sánchez Rosillo | 27. Joan Margarit |
| 8. Julio Martínez Mesanza | 28. César Antonio Molina |
| 9. Luis García Montero | 29. Antonio Martínez Sarrión |
| 10. Aurora Luque | 30. Jenaro Talens |
| 11. José Carlos Llop | 31. Félix Grande |
| 12. Felipe Benítez Reyes | 32. Clara Janés |
| 13. Jacobo Cortines | 33. Pere Rovira |
| 14. Vicente Gallego | 34. Antonio Lucas |
| 15. Jaime Siles | 35. Juan Carlos Mestre |
| 16. Ana Rossetti | 36. Ada Salas |
| 17. José Ramón Ripoll | 37. Andrés Sánchez Robayna |
| 18. Jesús Munárriz | 38. José María Micó |
| 19. Juan Antonio González-Iglesias | |
| 20. Pureza Canelo | |

poética y POESÍA

12 de noviembre de 2020

© José María Micó

© de esta edición Fundación Juan March

Depósito legal: M-9806-2021

Imprime: Improitalia, S.L. Tomelloso, 27. 28026 Madrid

JOSÉ MARÍA MICÓ
EL EQUILIBRIO IMPOSIBLE

EL EQUILIBRIO IMPOSIBLE

Llevo toda la vida hablando de la poesía de los demás y casi nunca he hablado de la mía. Podría probarlo proporcionadamente sin salir de este salón de actos, al que he acudido en varias ocasiones para disertar sobre algunos de mis poetas predilectos: Dante, Ausiàs March y Luis de Góngora. Por tanto, hablar ahora de mi obra en un ciclo tan consolidado y prestigioso como el de *Poética y Poesía*, por el que han pasado ya más de treinta poetas contemporáneos a los que admiro, es un honor que quiero agradecer, con una buena dosis de afecto, a los responsables de la Fundación Juan March. La invitación me llega, además, poco tiempo después de la aparición de mi poesía reunida (reunida y reconfigurada en el volumen *Primeras voluntades*) y cuando este extrañísimo año 2020, con sus incertidumbres, sus remansos y sus postergaciones, está llegando a su fin y parece exigirnos que recapitemos.

En una sociedad clasificada por oficios, ocupaciones y actividades más o menos regladas, o distinguidas por la costumbre, no siempre es fácil dar con la profesión que define a las personas, y en las biografías, notas de prensa o solapas de libros suelo aparecer como poeta, filólogo,

profesor, traductor o músico. Sin embargo, la diversidad de mis actividades es solo aparente, porque todas las que he practicado de manera pública son consecuencias de una sola pulsión íntima, de una única vocación privada que no es, claro está, la del pluriempleo laboral y que me acompaña desde que tengo uso de razón, aunque tampoco me resulta fácil definirla y prefiero recurrir para ello a la frase perogrullesca de Rubén Darío, perfecta en su desconcertante claridad: «La primera ley, creador: crear». Vengo a ser, pues, un hombre de letras que se ilusiona con la posibilidad de crear algo nuevo con las palabras a partir de un concepto muy antiguo de poesía, de *poiesis*, a pesar de que mi condición de poeta siga provocándome, cuarenta años después de haber visto publicados mis primeros versos, un poco de vergüenza.

Si algo he aprendido de mi oficio de profesor de historia de la literatura es que las mejores teorías son las que nacen sin afán teórico; las que, como ocurre con las contenidas en la *Poética* de Aristóteles, surgen de un esfuerzo honesto de explicación de una realidad conocida; las que, sin entregarse a abstractas premoniciones, procuran entender, más que resolver, los problemas que plantea una actividad pensada para producir excepciones, no para confirmar reglas ni aplicar preceptos. Como en la música y en la pintura, como en la tipografía, la alfarería y la cirugía, en el momento de escribir la teoría es accesoria y la práctica es imprescindible. Conviene, sin embargo,

introducir una matización que, para bien o para mal, no es aplicable a todas las actividades que he puesto como ejemplo: la práctica poética no implica necesariamente experiencia, porque en las artes hay un indescifrable componente que va más allá del ejercicio y de la técnica. Ha recibido muchos nombres y no hay ninguno satisfactorio: talento, don, genio, inspiración, duende, inventiva, gracia... Tal vez sea preferible el término más biológico de instinto: unos lo tienen para los negocios y otros lo derrochan en ambientes menos hostiles, aunque igualmente propios de nuestra condición de seres humanos: los templos, las cocinas, los talleres, los escenarios. Lo dijo muy bien Dante —y no tan bien su traductor, que soy yo—, al enumerar los afanes de la gente en el mundo:

Uno seguía los estudios médicos,
otro las leyes, otro el sacerdocio,
o reinaba por fuerza o con engaño,
uno robaba y otro negociaba,
uno se holgaba y otro jadeaba
envuelto en los placeres de la carne...

Mi organismo propende a desenvolverse en la intimidad, y quizá solo es fértil cuando puede alcanzar algo tan inmaterial y fugaz como la felicidad individual: la que experimentaba en mi adolescencia escuchando música, leyendo poesía o contemplando un cuadro y procurando

entender su misterio para prolongar su efecto. Y en los primeros intentos de adquirir práctica sin tener todavía experiencia, en esas primeras voluntades, no hay mejor arma que la pura intuición.

El poeta crea materialmente objetos, no solo escribe o recita textos, de manera que el componente discursivo y retórico es esencial, pero resulta insuficiente si no se perfecciona con la misteriosa sintonía de quien lo recibe. Como se ve, mi fe en la poesía como discurso verbal es inquebrantable, aunque peque de ingenuidad. Cualquier expresión sublime es, por definición, poesía; esta idea puede formularse al revés: la poesía es la manera más adecuada de decir cualquier cosa. El problema es que cuesta encontrar esa manera.

CORAZÓN Y PATATA

Hace muchos años, mi madre me pilló escribiendo mis primeros versos y se burló afectuosamente diciéndome que no hacía falta mucho esfuerzo para escribir poesía y que lo podía hacer cualquiera, y no contenta con eso puso un ejemplo: «*Mi corazón palpita / como una patata frita*». El célebre ripio es la parodia perfecta del lenguaje poético: es confesional, sentimental, expresivo, sentencioso, ocurrente y rítmico a pesar de su condición heterométrica, como en la mejor poesía popular,

con esa rima sonora y humillante que no hay manera de desenclavar de la memoria. Ningún poeta serio osaría atribuirse el dístico, porque el resultado es indigno y ridículo, pero lo cierto es que contiene en potencia, es decir teóricamente, una gran idea poética (de hecho ya lexicalizada en el español coloquial: la comparación del órgano más importante y simbólico del reino animal con el tubérculo más humilde del reino vegetal), pero a esa idea le falta casi todo para convertirse en un poema, porque la poesía es el hallazgo del equilibrio perfecto, o, por decirlo con una fórmula menos pretenciosa, la búsqueda de un equilibrio imposible. Pasea por el filo de todos los abismos, de todos los excesos, intentando no caer en ellos. Necesita su dosis de inteligencia, pero el mucho ingenio la arruina; expone sentimientos, y se expone al sentimentalismo y la cursilería; surca el yo, y naufraga en el egotismo, la autocompasión o la autoayuda; si pretende la familiaridad, estropea la sorpresa; si frivoliza con las ideas, puede convertirse en panfleto; si las evita, caerá en la banalidad; si busca la trascendencia en cualquier circunstancia, acaba pecando de abstracción; y si persigue la abstracción, ¿para qué hacerlo por escrito? La historia de la poesía universal es, además, una sucesión de alternativas, o de alternancias, absurdas: experiencia o silencio, ficción o dicción, contar o cantar, naturalidad o artificio, tradición o vanguardia, comunicación o conocimiento, cotidianidad

o trascendencia, conceptismo o culteranismo, *trobar leu* o *trobar clus*. ¿Por qué malversar el tiempo de los demás mortales con unos renglones de utilidad discutible? Por una razón muy simple: porque la poesía es la manera más adecuada de decir cualquier cosa y con un poco de suerte vivirá más que nosotros. Por eso ya no me pregunto qué es la poesía, sino que me limito a intentar escribir algunos poemas.

En la declaración del párrafo anterior está en cierto modo la esencia de lo que querría explicar hoy, basándome en la revisión, con la inevitable premura, de una trayectoria que ya es larga pero que se concreta en una cantidad modesta, por no decir escasa, de textos líricos, en parte a causa de la exigente convicción de que cada poema es un objeto único que contiene, y pone a contribución en un espacio relativamente breve, todo lo que queremos decir en un momento dado con todas las armas a nuestro alcance. Después, los poemas, cortos o largos, quedan abandonados a su suerte, y está bien que así sea, pues, como digo en el prólogo de mi poesía reunida y repetiré aquí con más sentido tratándose de una antología, todo lo que es susceptible de ser elegido tiene, en el fondo, condición de superfluo.

De la dimensión a la vez orgánica y telúrica del corazón ya se dio cuenta Juan Ramón Jiménez en uno de sus mejores *Sonetos espirituales*:

Pensé arrancarme el corazón, y echarlo,
pleno de su sentir alto y profundo,
al ancho surco del terruño tierno,
a ver si con partirlo y con sembrarlo,
la primavera le mostraba al mundo
el árbol puro del amor eterno.

Y tal vez no haya más perfecta cardiología poética que
este serventesio de Rubén Darío:

Como la esponja que la sal satura
en el jugo del mar, fue el dulce y tierno
corazón mío, henchido de amargura
por el mundo, la carne y el infierno.

El corazón puede ser una patata, un puñado de tierra
de sembradura, una esponja de mar o lo que quiera el poeta,
y el resultado es inobjetable cuando tiene el emocionante
efecto de una fórmula matemática: la disparidad se convierte
en identidad, como la ingeniosa luna borgiana que
acaba siendo sol tras una amalgama de excipientes retóricos
(anadiplosis, anáfora, díloga, metáfora, aliteración):

Ya no hay una
luna que no sea espejo del pasado,
cristal de soledad, sol de agonías.

Esta es a mi ver una de las claves del lenguaje poético, y es muy significativo el hecho de que podamos describirla tanto con palabras antiguas de Baltasar Gracián en su definición del *concepto* («un acto del entendimiento que expresa la correspondencia que se halla entre los objetos») como con las de dos poetas y conferenciantes *modernos*: Vicente Huidobro en el Ateneo de Madrid («Inventar es hacer que dos cosas paralelas en el espacio se encuentren en el tiempo o viceversa, presentando así en su conjunción un hecho nuevo») y Federico García Lorca en el de Granada («El poeta es aquel que descubre la relación oculta que existe entre las cosas más lejanas. La imagen es el broche que las une, el broche de luz»).

Es antiguo el prejuicio —y grave su perjuicio— que sentencia que los calambures o las paronomasias son parientes pobres de la metáfora y su ilustre progenie de «figuras del pensamiento». Para mí, todos son hijos legítimos de la invención, todos son mecanismos del ingenio, todos hunden sus raíces en una especie de creación por analogía sin la cual un poema, cualquier poema, no es nada. Por más que en los estudios filológicos y en el habla cotidiana de los idiomas del mundo nos pueda reconfortar o desazonar la idea de la arbitrariedad del signo lingüístico, la misión del poeta es abolir la arbitrariedad de esa relación, creando una ficción novedosa, una mentira hiperbólica que deviene

certeza con elaborada naturalidad. Más que «eludir el nombre cotidiano de las cosas», se trata de crear para ellas una «nueva denominación», por decirlo con dos agudas y sintéticas frases que Ortega escribió pensando en Góngora.

Claro está que en la primera ley de la analogía poética se encierra el mayor peligro de desequilibrio entre la intención y el resultado: las paradojas, las greguerías, los chistes, los aforismos o las entradas de diccionarios personales (que siguen teniendo vida y profundidad literaria, como se ve por los recientes *Barbarismos* de Andrés Neuman) suelen compartir las herramientas y reproducir los mecanismos de la poesía, pero no llegan a ser poemas porque no lo pretenden, aunque contengan su germen. Yo también me he quedado algunas veces a las puertas del poema con textos brevísimos de esa índole, que pueden tener ribetes sociales («*El hambre, si es de pan, no tiene gracia*»), simbólicos («*Isla: tierra para la sombra de las alas en vuelo*»), nihilistas («*En cada hijo se renueva el rito / de la extinción*») o de cualquier especie. Son perlas de poesía eventual: pueden deslumbrar más o menos, pero no hay disolvente que las deshaga, porque tienen algo que debería valer, por extensión, para todos los objetos artísticos: intensidad. Los pertrechos del arte son chispas fugaces con cargas de profundidad.

HACER Y DECIR

A nuestra falsilla rubendariana convendría añadirle una glosa con aires shakespearianos: crear o no crear, de eso se trata; perseverar en la monotonía e imitar sin cesar la usanza ajena, o arrostrar las celadas de la insidia y escuchar la llamada del talento. Porque la pregunta es: ¿qué razón hay para escribir una novela o un poema? Ninguna, salvo la propia voluntad; y poner la voluntad en movimiento, con lo que suele costar, para hacer algo que no participe de la idea de creación, sí es una pérdida de tiempo. Hay quien tiene la suerte de creer que la poesía está en todas partes, y la reconoce en el viento, en una tarde lluviosa, en el crepúsculo, en un jardín salpicado de besos furtivos o de estatuas derruidas. Yo no soy capaz de verla más que en las palabras.

El detonante puede ser un simple caso de homonimia. El poema «Ver a Marta nadar», por ejemplo, nació del íntimo desafío de construir un texto a partir de la dualidad semántica que lo cierra: *nada* como sustantivo y como forma verbal, que en mis recuerdos infantiles –y en los de mucha gente, supongo– tiene resonancias humorísticas por un soso diálogo estuvo entre dos adultos: «–¿No nada nada? –No traje traje». El segundo *calembour* no tiene mucha miga y el juego podía prolongarse con otros chisporroteos que la retórica llama antanacласis («Me lo guarda el guarda»), pero el primero puede sumirnos en las

profundidades de la misma existencia, sobre todo si nos dedicamos, como decidí hacer en el contemplativo verano de 2010 después de muchas temporadas de encierro en el trabajo, a mirar el mar y fijarme rutinariamente todos los días, más allá de las habituales distracciones y amenidades que me rodeaban, en una nadadora en particular.

El título y el primer verso de «Ver a Marta nadar» no son más que la certificación de lo que hice, pero un poema es mucho más que una ocurrencia: es la suma por escrito de una idea y de una experiencia, y esta no tiene por qué interesarnos como acción individual, sea efectiva o inventada. Por ejemplo: “El autor, José María Micó, después de muchos veranos trabajando en sus traducciones y otras labores filológicas, dedicó el mes de agosto de 2010 a contemplar a su mujer Marta Boldú, antigua nadadora, mientras ella cruzaba a nado todos los días el mar de Calafell”. El poema no está en estos detalles biográficos, meras curiosidades válidas a beneficio de inventario, porque ni la experiencia me pertenece en exclusiva ni soy precisamente el primer alquimista o muñidor hispánico de la turbadora palabra *nada*. El poema tampoco está en ningún detalle concreto de otra índole: ni en la caracterización del océano —que no era tal, sino un tranquilo mar Mediterráneo— por su «honrada grandeza», ni en la visión del cuerpo de mujer como una nave que algún día transportará en su estiba la promesa de otras vidas, ni en la armonía vocálica de «*arena y aire y agua*», ni en la involuntaria estela de

escamas de piel humana, sino en la suma de todo eso, en la proyección de un mensaje cohesionado, coherente y eufónico, en la construcción de un artefacto verbal que empieza y termina en sí mismo, que produce un efecto «en tiempo real» –no hay expresión que me desazone más, pero ahora me parece pertinente– y que, a pesar de todo, aun cerrándose con esa frustrante *nada* que aceptamos con resignación, crea un eco y produce un efecto duradero en la conciencia. La poesía es tal vez inútil, pero el poema debe dar la impresión de que en él no sobra ni falta nada, debe crear la ilusión de su necesidad.

Me he detenido en el comentario de este poema en concreto porque me permite llegar a una conclusión práctica para una posible teoría, al menos para una teoría de andar por casa, que es de lo que se trata hoy: se puede hacer poesía con cualquier cosa, pero no de cualquier manera, y si la «primera ley» es crear, la segunda es para mí igualmente obvia: la conciencia de forma. La creación en libertad no existe, porque toda expresión artística es el resultado de una serie de mediaciones con las que debemos forcejear, y si logramos librarnos de alguna constricción, es a costa de inventarnos y de imponernos otras. El gran avance de la poesía moderna ha sido prescindir de las formas fijas de versificación, permitiendo que cada texto invente un molde o se adapte a la horma que más le convenga, pero todo tiene efectivamente un límite, e imagino que el arte más alto –imagino, porque no sé si llegaré a

experimentarlo— se logra al alcanzar la máxima eficiencia de ese límite.

En buena medida, todos mis poemas son como «Ver a Marta nadar»: nacen de una ocurrencia o un sucedido (literalmente, porque ahí caben la *boutade*, la anécdota, la aventura, la memoria, la reflexión, el sueño, el trauma y la catástrofe), y después se desencadena un proceso imprevisible con la esperanza de que el camino conduzca a nuevos hallazgos y de que sea la propia escritura la que indique las etapas y decida el destino. Ese camino no es lineal y no tiene lógica: un poema puede empezarse por cualquier parte, y en mi caso especialmente por la que acabará constituyendo el final. El elemento desencadenante puede ser el despertar junto a un cuerpo amado («Una albadá más»), la descripción de una pintura real («Divieto di sosta», VI) o imaginada («Emblema»), un paseo solitario o en compañía («Ser y estar»), la compra de un libro en una librería de lance («Breve historia de España»), unos versos ajenos que nos gustan («Cuento contado por un idiota», «Glosa para tango»), algunos detalles del pasado familiar («Camino de ronda»), la admiración por otro autor («Georgina Hübner de Jiménez», «Ausàs March»), la perplejidad posterior a un atentado («Nombres de Atocha»), un ejercicio de escritura («Vaso de agua»), una mirada indiscreta («13:40»), la muerte de un perro (difuminada en «Silbo sin aire»), la vista a través de la ventanilla del avión o desde un puente, la culminación

de un esfuerzo, una simple pregunta (no sé si contestada en «Caleidoscopio»), una noche de imprevista camaradería (sublimada en «Reunión de amigos»), o el hartazgo de las mezquindades universitarias y de los deshonestos que las perpetúan (certificado en «Fin de ese mundo», tal vez mi único y verdadero poema de la experiencia). Todo, como se ve, corriente y al alcance de cualquier hombre o mujer que respire, y no tengo más explicación que la que Goethe le dio a Eckermann, porque todo poema nace de una circunstancia: «La realidad ha de dar el motivo, el punto de referencia, el verdadero núcleo. Convertirlo en un objeto lleno de belleza y de vida es cosa del artista». Volvemos, pues, a la cuestión previa, que es un propósito y no una consecución, y si yo estuviese en el secreto no tendría inconveniente en compartirlo aquí, pero es que no hay mejor técnica que la mejor intención: encontrar el modo más adecuado de decir las cosas.

El título de uno de mis libros, *Caleidoscopio*, pretende dar cuenta de la variedad formal de mis tentativas, que incluyen la canción ligera («Blanca y azul») y la falsa prosa («Seguiré escribiendo hasta que las cosas mejoren»), además de otros especímenes burlescos no recogidos aquí, porque creo que la literatura nos hace reír y llorar por parecidas razones. También sabemos o notamos que cualquier emoción se apagará con el tiempo y que, diluida o suplantada por otros recuerdos, quizá dure en la memoria mientras vivamos, pero no más que eso.

Lo he intentado y lo seguiré intentando de todas las maneras posibles: con textos brevísimos (podrían llamarse «universos», como la antología de poemas de un solo verso que imaginó un día Jesús Munárriz) y con poemas largos que hablan de los veranos de la niñez en un pueblo perdido («Camino de ronda»), del enigma de la identidad («Ser y estar»), de mi otra vida en Italia («Divieto di sosta») o de las andanzas de un *voyeur* («Momentos»). Entre los de extensión moderada, no falta el resumen o la condensación de una novela que seguramente no escribiré, porque ya está en el texto y en el eco del poema y la novela no lo mejoraría («La noche triste»). En ese espacio convencional (entre veinte y cuarenta líneas, una página o poco más) suelen moverse mis poemas, también porque he querido que muchos de ellos tuvieran vida propia y circularan en modestas impresiones que suelo enviar a los amigos en forma de postal, con el acompañamiento, generalmente arbitrario, de una imagen, que es un capricho —es decir, un límite— como otro cualquiera. Y así llego a una nueva obiedad: la unidad básica de la poesía no es el libro, sino el poema, y esta categoría (que puede ir de «Lo fatal» a las *Soledades*, por mencionar dos cumbres) crea un espacio propio —un género, en definitiva— que es independiente de su extensión y de su proyección comercial y que se define por la intensidad radical del discurso, no por su tema, su argumento o su estilo.

CONTAR Y CANTAR

El verso, sea métrico o no, se basa en la recurrencia y el paralelismo. La poesía antigua se aseguraba esa condición gracias a un sistema estable de medidas (cuantitativo, acentual o silábico) y a una sucesión de rimas, y la poesía moderna puede hacerlo mediante reiteraciones y simetrías sintácticas o semánticas, porque no hay verso ni prosa que valgan (incluida la prosa académica, que tanto he frecuentado) si no contienen, proponen e inventan su propio ritmo, si no presentan una forma *melódica*, no necesariamente *melodiosa*. Tal vez los males de la poesía comenzaron cuando dejó de ser cantada, cuando olvidó que su esencia es la melodía y su objeto la percusión del alma, porque el arte no vale nada si no conmueve, y la música nos ofrece un doble milagro que la literatura no debería dejar de perseguir: cohesión y emoción.

Mi vocación musical es anterior a mi afición por la literatura, que surgió de mi interés por los textos que escuchaba en los discos de Atahualpa Yupanki, Inti-Illimani, Astor Piazzolla, Raimon, Serrat o Paco Ibáñez. Eran letras que se salían de lo común y que resultaron ser de Borges, Neruda, Machado, Ausiàs March, Quevedo o Góngora, autores que desde entonces forman parte de mi canon personal. Salvo un par de excepciones de las que me hablaron en el colegio, a esos poetas los escuché antes de leerlos. En aquellos años –los últimos setenta del siglo pasado– escribí

bastantes poemas, pero los guardé varios lustros en un cajón y solo me parecieron dignos de ser incluidos en mi primer libro los titulados «Elegía» y «Epigrama», que pueden considerarse, por tanto, mis primeros textos presentables, aunque se asoman con peligro al abismo de la sensiblería y del patetismo propios de un adolescente enamorado. Desde entonces estoy convencido de que la tarea del poeta es gestionar ese vértigo.

En los años de barbecho, que superaron con creces el período de reserva aconsejado por Horacio en su *Arte poética* («guarda lo escrito nueve años escondido»), me dediqué a formarme y a empezar a trabajar como filólogo, esfuerzo que no garantiza, sino que en muchos casos impide o dificulta la escritura. El estudio de Góngora, por ejemplo, no debiera conducirnos a la defensa de la verborragia, sino a aprender de él, como de todo gran poeta antiguo que ha llegado a nosotros, la lección contraria; sus temas no son los nuestros, el contexto sociológico de su escritura tiene poco que ver con el actual, en su sistema literario todavía cabía la poesía narrativa de aliento épico, pero no hacía concesión alguna a la palabrería y su ideal era la precisión, incluso o sobre todo al inventar las más asombrosas imágenes. En mi caso, el filólogo estuvo a punto de acabar con el poeta, pero no lo consiguió, en parte gracias a la conquista de un espacio que a la postre ha resultado mucho más instructivo, porque obliga a sumergirse en lenguas diversas y permite literalmente aprender de los mejores. Es obvio que me refiero

a la traducción, y siempre que puedo formulo mi gratitud (por ella y por los poetas que no podían oponerse a mi deseo de traducirlos) del mismo sintético modo: es el lugar en que se encuentran el designio más noble de la filología y la ambición más alta de la creación. No puede haber mejor aprendizaje que recrear en la lengua propia los versos escritos por grandes autores de otros tiempos y lugares, y si además, como es mi caso, podemos considerar como propias dos o tres lenguas (aunque estén entre las que don Quijote consideraba «fáciles»), en sus interferencias podremos hallar nuevas maneras de profundizar en la expresión poética, como quien cambia de mano para hacer alguna tarea distinta de la habitual: así, en italiano y en catalán, nacieron los poemas «Ancora una notte orribile» y «Ausiàs March», y al rescribirlos en castellano entendí que la poesía está precisamente en esos melancólicos intersticios de insatisfacción.

En 2012, después de más de treinta años sin tocar la guitarra ni un solo día, tomé la decisión inesperada y absurda de volver a la música. Podía parecer la crisis de un catedrático cincuentón, pero fue una decisión muy consciente, porque creía llegado el momento –favorecido además por un regalo del destino que cuajó en el dúo Marta y Micó– de explorar otra de las fronteras naturales de la poesía. Un poema y una canción son cosas distintas y no las confundo: pueden existir y progresar separadamente, pero si las juntamos respetando sus leyes y sus necesidades acabará ocurriendo lo que Jaime Gil de Biedma expresó a la perfección:

«*La mejor poesía / es el Verbo hecho tango*». Supongo que se me aceptará que, si soy yo mismo quien les pone música a mis poemas, no será con la intención de trivializarlos, sino para cortarles un traje a medida que les pueda sentar bien. Algunos textos tienen un léxico sencillo y una disposición estrófica que permite crear una estructura relativamente convencional; otros son más complejos, metafísicos y aparentemente poco *cantabili*, pero encontrarles una melodía, una armonía y un ritmo supone incidir en su forma y, si hay suerte, potenciar su significado sin sacrificar nada que sea esencial. Treinta de mis poemas (una docena en esta antología) son ya canciones que considero sin el menor titubeo parte de mi obra poética, porque ha acabado aflorando la música que encerraban sus palabras.

Con o sin música, es posible que los únicos temas de mi poesía sean el tiempo y la muerte, que en realidad se reducen a uno solo, porque, como dice uno de mis «Fósiles»,

Si el tiempo existe,
no es necesario que la muerte acuda.

Yo, como algunos filósofos clásicos, hubiera preferido no nacer, pero no lo digo desde una visión misántropa porque piense que el mundo es una calamidad, sino porque considero que la vida es un maravilloso regalo envenenado. El deseo de vivir y el deseo de morir son contingentes e irrefutables, están en nuestra conciencia y

pueden tener consecuencias en nuestro comportamiento, pero el deseo de nacer es una aporía. Venimos de la nada y hacia ella vamos, y como soy hombre de alguna voluntad, creo en el posible eco póstumo de las cosas, buenas o malas, que hayamos hecho en vida, aunque sería ingenuo confundir ese eco con la eternidad.

Hace algo más de tres años, en los primeros días de un confinamiento distinto del que hemos vivido en 2020 y que yo cumplía para trabajar en Dante, mi padre murió, y en las cuatro semanas de agosto que siguieron a su muerte traduje unos cuantos cantos del *Paraíso*. Fue uno de los períodos más extraños y febriles de mi vida. Mi padre nunca leyó la *Comedia*, pero sin saberlo me ayudó a traducir los versos más inspirados y espirituales de la última cántica. Esta cadena de nacimientos contingentes que llamamos familia, o humanidad, es el verdadero misterio. De eso habla el poema «Generación», que tal vez existía ya en potencia cuando escribí mi primer verso a los diecisiete años, pero que solo fue posible, mucho tiempo después, como poema de cierre de uno de mis libros y de esta selección.

FINAL

La poesía es el lugar en el que se encuentran la palabra, el pensamiento y la música. Lo demás es accesorio,

pero el ritmo usual de la vida literaria y las imposiciones del *yo* nos han habituado a pensar en los libros de poesía como objetos en los que campea la experiencia intransferible de un solo individuo, o de un individuo solo. Sin embargo, la voz que habla en el poema es una entidad abstracta y el autor de carne y hueso suele ser un invento del destino. No se sabe bien por qué, empezamos a escribir en primera persona y a pergeñar versos con la esperanza de que los demás nos lean, confesando a gritos cosas inconfesables, o comunicando anécdotas de una vida que tal vez ni siquiera es la nuestra, pues no siempre se parece a la que vivimos y remeda torpe o hábilmente las vivencias que deseamos o imaginamos. El arte nos ofrece el mejor consuelo: el rito de lo efímero en una sensación de tiempo abolido.

Si tuviese que definir mi poética con una sola frase, escogería esta: duración de la intensidad. Sigo creyendo que el arte imita y, cuando puede, suplanta a la realidad; que la literatura lo logra con palabras; que las palabras deben persuadir y maravillar para provocar la necesaria *catarsis* del lector o espectador; que la poesía está ligada al canto y que traspasa con provecho las fronteras de otras artes como la música o la pintura; que la utilidad del arte, si alguna tiene, no es práctica sino moral y por tanto humana. Podría añadir que la poesía es superior a cualquier otro género precisamente por su gratuidad y por su falta suprema de utilidad (por lo menos en nuestros días), que

el verso tiene la posibilidad y aun la obligación de engendrar simetrías formales y floraciones conceptuales y que el creador puede hacer lo que le dé la gana mientras entienda por qué y mientras favorezca que los demás, con poco o mucho esfuerzo, también acaben entendiéndolo. No conviene olvidar que ese esfuerzo requerido es una prerrogativa del autor expuesta a la voluble pero soberana decisión ajena. Los versos se construyen con ocurrencias que aspiran a ser lapidarias: no sabemos quién, ni cuándo, ni dónde, ni cómo va a toparse con ellos, y conviene componerlos de manera que no resulte fácil olvidarlos. La poesía no busca lectores, sino relectores, porque su única conquista posible es la memoria. Quizá por eso escribo con la absurda intención de gustar a los poetas que me han influido y que, salvo algunas destacadas excepciones, ya están muertos.

Hasta el siglo XIX, la poesía tenía muchas funciones y dentro del sistema literario valía para casi todo; era un marco universal del que pendían los demás géneros: el teatro, la novela y aun el ensayo. Después, el espacio poético se fue restringiendo hasta quedar reducido al lirismo sentimental o a la repetitiva decantación del yo. La poesía ha padecido siempre, desde los orígenes de nuestra cultura literaria, la infección de los usos sociales, de las disputas teóricas y de los pontificados críticos, una especie de fiebre alterna que va dando bandazos. Ahora vuelve a imponerse, al menos comercialmente, una nueva cursilería

de sentimientos banales y trivialidades expresivas, acorde con un público amplio que se cuantifica en el populoso cajón de sastre de las redes sociales y, por tanto, con una parte no muy grande pero significativa de seguidores que son potenciales compradores de libros. Es una moda alentada por la industria cultural y los medios de comunicación, y en otros géneros literarios eso ha ocurrido y seguirá ocurriendo toda la vida. Pero hay alternativa, más allá de la resignación. Se trata de escribir buenos poemas, sean del tipo que sean, porque los mejores poetas, por más opuestos que nos resulten, acaban siendo complementarios: Góngora no excluye a Quevedo, ni Lorca a Cernuda, ni Ángel González a José Ángel Valente. En todos ellos hay algo que nos conviene aprender.

La creación es lo más parecido a la vida, una cuerda floja de la que, más tarde o más temprano, acabamos cayendo. Pero es también un modo de profundizar, superando los límites individuales, en la conciencia emotiva de los demás, en la vida de los otros, y por tanto es posible la prolongación de ese equilibrio después de la caída.

J. M. M. J.

Madrid, noviembre de 2020

SELECCIÓN DE POEMAS

ELEGÍA

Como no te me quitas de las ganas,
he vuelto a recorrer todos los charcos
ingrávidos del sueño, y has llegado
con esa mueca sucia de los aparecidos,
con la espalda rasgada por el peso
lúgubre de la tierra.

Y he vertido los ojos uno a uno
para reconstruirte como entonces,
inútil como un dios, ya sin la música
de antiguos aforismos:
«Hay que morir deprisa pero tarde».

Lo recuerdo muy bien.

Tú,
vestida para el lujo
de los abrazos jóvenes
(cuello azul, hombros tibios, piel de sábana),
abrías la ventana y te rozaban
las alas serenísimas del aire;
y en aquella hora tonta
en que tal vez doliese
atravesar la noche con los labios,
los pájaros caían en la lumbre
y el demonio reía

encaramado en rojos capiteles,
y con gritos de piedra,
también fiero y desnudo,
nos azuzaba como a miserables.

Pero siento decirte que no estamos
ya para nada y para casi nadie,
que la sangre es más torpe cada día,
que este mezquino olvido que nos cubre
no se va con la furia de unos brazos limpísimos,
y que ahora,
aunque nos quede el rito y la mirada
de un infante sin rostro,
como un buey viejo se arrodilla el tiempo.

UNA ALBADA MÁS

En las afueras de estos cuerpos nuestros
quiere arribar el alba con su espada.
Es hora de partir. Ha habido tiempo
para avenirse un poco –la palabra
amar no es adecuada todavía–
y en el calor superfluo de las mantas
decirse los abrazos de costumbre.
Aún siento el pasmo, la apetencia agria,
el suelo espeso de plumón y furia,
el trabajado insomnio, las patrañas
que el corazón nos puso en los ijares,
la amable noche que nos dio ventaja,
las ganas de jugar a que nos viese
morir la raediza madrugada.
Todo eso tan extraño ha sido nuestro
y ahora un poco de luz lo malbarata.

EPIGRAMA

Después de tantos años
de vivir absolutamente nada,
he sabido que sólo me conmueven
la penumbra de Milton y tu aurora.

EMBLEMA

Imaginad un cuadro.
Figuraos que ahora,
con mano lenta y con pincel tirante,
puso en él una nube y un jardín,
un encañado, un sol, una ventana
y unos lejos brumosos mal cubiertos
por un escorzo, de mujer sin duda.
Admitiréis que un lecho renegrido
parece necesario,
que la mujer está mirando el tiempo,
que alguien que no se ve la está mirando,
que encima de una mesa convalecen
unas prendas recién aborrecidas.
Tras el cristal, la rosa se contiene.

El hombre que no veis suda y descansa.
No hace mucho tenía
el cuerpo sobre el lecho,
la mano en la mujer, la boca en vilo
y envilecida al cabo de las horas.
Dejó en la mesa la razón y expuso
los trajinados hombros al esfuerzo,
sin más paisaje que la compañía.

Ahora descansa y suda,
tiene la mano en la pared y mira
con familiaridad la ociosa espalda,
el lecho, la ventana, el sol, el tiempo,
la nube, el encañado... Ahora, siente
que en jardín la rosa se confía.

CUENTO CONTADO POR UN IDIOTA

Como el que desperdicia su esperanza
en remos de la mar o en el hinchado
costal de paja de los pensamientos,
voy tomándole ley a esta conjura
disfrazada de bienaventuranza,
y cumplo con deciros que ha bastado
saber que, en pago de sus escarmientos,
d'un ventre trist eixir m'ha fet Natura.

GLOSA PARA TANGO

*La vergüenza de haber sido
y el dolor de ya no ser.*

Alfredo Le Pera

Te hará falta ser muy fuerte
(hoy, que apenas eres nada)
si el perfil de una mirada
bastó para deshacerte.
Seguro está que la muerte
no es más tosca que el olvido,
que antes de haberle vendido
cicatrices a tu duelo,
te dejó como consuelo
la vergüenza de haber sido.

Llevas en sangre el costado,
gritándote una mentira:
ni el mejor llanto es la ira,
ni es hombre quien no ha llorado.
La sombra de tu pasado,
desvestida de mujer,
se descuidó de volver,
y el adiós, brújula loca,
te ha dibujado en la boca
el dolor de ya no ser.

BLANCA Y AZUL

Imagino que ahora,
media noche por filo,
mecida por las sombras
ambiguas del recuerdo,
pensarás que estas manos
ofrecían tan sólo
una sarta de burdas
sorpresas de tahúr.

*Yo sé por qué te llamo
blanca y azul.*

Es todo lo que tengo:
manos que fueron niñas,
que prestaron sin tasa,
que se asieron a un sueño,
viejas manos que saben
que la muerte temprana
es la única forma
de eterna juventud.

*Yo sé por qué te llamo
blanca y azul.*

Que no baste lo dicho
para ponernos tristes.
El encuentro merece
un brindis por las horas
cedidas al exceso
de sentimientos nobles,
aunque fuese por falta
de sentido común.

*Yo sé por qué te llamo
blanca y azul.*

La carne nunca es débil,
pero las almas frágiles
se quiebran con un guiño.
La noche, maliciosa,
por cobrarse más piezas,
nos enturbia los ojos,
nos endulza los labios,
nos apaga la luz.

*Yo sé por qué te llamo
blanca y azul.*

MI ALEGRE VALENTINA

*Yo sé que olí un jazmín en la infancia una tarde,
y no existió la tarde.*

Francisco Brines

Mi alegre Valentina, una muchacha
que se empeña en quererme,
me pide una canción. Veré si logro
que me salga decente.

Mi alegre Valentina es una de esas
angélicas mujeres
cuyo cuerpo parece a los poetas
más blanco que la nieve.

Pero mi Valentina quiere seguir la moda,
y entre junio y septiembre
se tumba al sol como un mortal cualquiera,
repintada de aceites.

*Mi alegre Valentina,
mi Valentina alegre.*

Mi alegre Valentina también está graciosa
si su piel se oscurece.

La verdad, es entonces cuando yo la prefiero,
porque al venir a verme,

dispuesta a los más viejos y más negros pecados,
sus blancuras me ofrece,
y en un mágico instante toda la sal del mundo
me entrega dulcemente.

Sus orgullosos padres, de mítica riqueza
y modales burgueses,
la llamaron así por los compases
de un jazzista muy célebre.

*Mi alegre Valentina,
mi Valentina alegre.*

Mi alegre Valentina, cuando vemos
desgracias por la tele,
sin soltarme la mano, bellísima y serena,
sonríe indiferente.

Cuando quiero que piense en el futuro,
la pobre no me entiende:
no se avienen con ella los excesos del tiempo
ni de los alquileres.

Y está bien que así sea, porque tengo entendido
que el común de la gente

suele pasar la vida en emociones
bastante impertinentes.

*Mi alegre Valentina,
mi Valentina alegre.*

Hoy sois felices en la *rue Galande*:
un portal os protege
de cualquier inclemencia y vuestros besos
son bonitos juguetes.

Mañana lloraréis como acaban llorando
todos los que se quieren.
Pero mi Valentina se permite
ser feliz para siempre.

Quienes me conocéis pensáis que ha sido
solo un golpe de suerte,
y quisierais saber por qué con ella
he acabado perdiéndome.

*Mi alegre Valentina,
mi Valentina alegre.*

Vuestra cara de incrédulos me pide
que la verdad confiese.
Valentina no existe: tan solo de este modo
me querrá hasta la muerte.

BREVE HISTORIA DE ESPAÑA

*Cuando hay que descubrir un Nuevo Mundo
o hay que domar al moro,
o hay que medir el cinturón de oro
del Ecuador, o alzar sobre el profundo
espanto del error negro que pesa
sobre la Cristiandad, el pensamiento
que es amor en Teresa
y es claridad en Trento,
cuando hay que consumir la maravilla
de alguna nueva hazaña,
los ángeles que están junto a su Silla,
miran a Dios... y piensan en España*

José María Pemán

Tengo en casa el *Poema
de la Bestia y el Ángel*,
envidia de bibliófilos:
«Zaragoza, Ediciones Jerarquía,
abril mil novecientos treinta y ocho,
Segundo Año Triunfal».
Cierta dedicatoria
del poeta a un amigo
seguramente médico

hace más raro mi ejemplar.
En la primera página, el obrero
de las Industrias Gráficas Uriarte
dispuso sabiamente,
sobre papel de precio,
unas letras doradas:
«Franco, Calvo Sotelo, José Antonio,
Sanjurjo, Mola».

Aún resulta hermoso
el brillo de esos nombres.
Con su fulgor se enciende
el recuerdo y me lleva
a los mismos parajes,
al campo sin cuidar de Pina de Ebro,
abril mil novecientos treinta y ocho:
allí un moro domado
por algún ángel español de aquellos
que miraban a Dios
segó con tiro de fusil cristiano,
no con fiera y hereje cimitarra,
los días del soldado
Francisco Gómez Cuéllar,
muerto a los treinta años
con tiempo suficiente
para mantener vivo mi linaje.

CAMINO DE RONDA

EL AIRE EN LAS AFUERAS

[IV]

Junto al río, la tierra
quiere afinarse y desentumecerse,
cobrar la furia de las huellas tiernas
de los jabatos, o el impulso alacre
del corazón de un ciervo cuando escapa;
hacerse al monte y deshacerse en humo;
perder el peso, la armazón, la sombra;
no abastecer un puño, ni aun la garra
cerrada y pétrea de un gorrión caído;
ser menos que la flor, menos que nada,
sólo esencia sutil y semoviente
que sale de su lecho para vagar en alto,
majada por el sol y por el sol cernida
hasta volverse llama inquieta en su principio.

[V]

El fuego busca el aire,
lo consume y lo engulle con desgana,
pero con avidez lo solicita.
Quiere dejar de ser
el filo tremolante que extingue los renuevos;
tener el vigor justo
para entibiar la orilla de las flores,
la cepa de las zarzas, la soledad del páramo.
Se aborrece y procura
ser pluma sin cañón,
lengua embotada y mansa
que se ofreciera al tacto
como una hogaza para la jornada.

[VII]

La noche, burlona y montaraz, aoja al mundo
mientras el pan aguarda en los trigales.

RECINTO AMURALLADO

[I]

En el pueblo,
casas, hombres y mulas
presienten en silencio la crecida del día.
Sobre la mesa humilde,
sin vino aún, la luz está dispuesta
y oficia con verdad el rito de las cosas.
La alcoba calla y el zaguán se inquieta.
La ubre prodigiosa humea en el corral.
El mundo, rebotante de azucaradas sombras,
da reparo a los cuerpos que vienen de yacer.
Y alguien junta las manos para encerrar un cuenco
o un pedazo de pan.

[III]

Un hombre sale al campo.
Con la mirada esboza
un último deseo para la luz primera.
Tiempo, vino y tasajos
—bienes de munición— llenan su hatillo.
El hombre llega al campo. Sus abarcas
quiebran sin pena la dormida escarcha.
El haza, hambrienta y dócil, ya conoce los golpes

del labrador: precisos, centenarios,
coreados en todos los bancales
por un tropel de músculos indignos,
almas descantilladas que con el sol a cuestas
se ganarán la muerte.

[V]

«Si una mano viril dejó plantado
tan delicado esqueje,
si un reguero tan terso ablanda el surco
y endurece los tallos,
¿qué no podrá esta mísera semilla,
neciamente olvidada
en el vientre feliz de quien muy pronto
yacerá en una tierra sin raíces?
Porque el mal está hecho:
la rama dio su flor, la flor un fruto
y el fruto apagará la sed mañana.
La niña está llegando a su sazón.»

VUELTA DE CORREO

[I]

Me preguntas si sigo siendo el mismo,
si aquí, vuelto al origen de unos padres
cómicamente honrados, puede un hombre
de ciudad, que recuerda con esfuerzo
los modos de esta tierra, estar a gusto
con tanta placidez.

¿De qué te extrañas?

Quizá la mansedumbre es el paisaje
natural de mi espíritu. Y ahora
que la estación permite algún descanso,
quiero gozar sin interés del mundo.

[V]

Me propones que acepte tu dictamen
de que solo un lugar puede ser nuestro.
Quizá tengas razón, pero hoy quisiera
saber si alguna vez ha sido mía
esta luz que no ves, saber si es mío
el gusto de sentir firme la tierra
y posar la mirada perezosa
en la muela de Cortes, donde un tiempo
corrió sangre revuelta de moriscos.

Entonces pienso en el afán sin rostro
de Pablo Ubécar, que pobló estos montes
con la rabia de todos sus paisanos,
o pinto en la memoria un pecho fértil
tapiado y cuarteado por mil lápidas,
o imagino la broza que corona
los sueños de muchachas no nacidas.

[VI]

Y un cansancio de siglos me conduce
de vuelta a mi balcón.
Todo está quieto.
Aquí ningún fervor es esperanza.
Aquí nada interrumpe mi abandono.
Aquí las voces de los hijos penden
del aire inmóvil que vertió un anciano.
Cuando anochece y el calor escampa,
en un día fugaz de cualquier tiempo,
quiero que aceptes la verdad sin pena:
toda estancia es un tránsito, y conviene
pedir al cuerpo el ejercicio justo
para no enflaquecer, porque llevamos
ya demasiados años a la espalda
y ni siquiera este lugar es nuestro.

[VII]

Olvidaba decirte que esta casa,
redil de algunas almas desvalidas,
es también para ti; que en ella tienes
silla, mesa y jergón; que sus cimientos
se confunden a oscuras con las piedras
de un cerro desmochado y de un castillo
que hoy es guarida para los deseos.
Si vienes serán tuyos una lumbre,
una estera, un jazmín, una yugada
y una plaza mayor sin soportales.

BARRIO LAS ERAS

[I]

Una nave imposible, esclava de las aguas,
tal vez repleta del lascivo esfuerzo
de hombres que no veré,
de mujeres sin ropa
a caballo del mar, acaloradas,
mecidas por un sucio motor que las apremia,
rompe la luz y el tiempo.

Pero aquí,
en el barrio las eras,
un muchacho está solo jugando sobre el trillo,
lejos de la sal cálida que eriza
la espalda de los náufragos.

[II]

No sabría decirlo cuántas veces
he pensado en volver
para aventar el grano
sobre los restos de un perdido oficio;
para bajar al río
o trajinar los fardos como un hombre,
beberme el aguamiel, oír la aurora,
sentarme en el camino
con los otros muchachos que poblaban
la vida entonces y que ahora apenas
tienen confusos rasgos que los hacen
inútilmente hermanos.
Y era en aquel camino
de ronda donde un coche
o una mujer cualquiera llegaban de otro mundo
y todo se sabía sin decirlo,
como si nuestros ojos comprendiesen
la noche atroz o el permanente enigma
de estas robustas nubes.

[VI]

Como el color se encastra en la mirada,
como la sangre acoge el alimento,
así una entraña sin color ni sangre
deja en su lecho de confusas sombras
el sol de la niñez, la flor de un sueño.
Hoy vuelvo a desgajar aquellos frutos
sobre un mantel perdido para siempre.

CAMPOSANTO

[I]

Hubo un tiempo en que tuve
la mitad de la mitad de mis años de ahora.
A veces, si me esfuerzo,
puedo escuchar los ecos de aquellos días,
puedo sentir que el sueño se deslíe
y que una mano espesa el chocolate.
Después me bebo su color de cuerva
con avidez de niño.

[II]

Al fondo, alguien de mi sangre
se deja contemplar.
Tiene el gesto sabido
de los que han escuchado el mismo cauce
bajo todos los puentes.
Mi vista escarba entonces
las sucias cavidades de un pasado
disuelto en fosas, en convites broncos,
en abrazos ingenuos,
en truenos desatentos a la común plegaria
y en heridas de sílex.
Y soy un niño a pechos de una madre,
un niño protegido por la muralla inerte
de aquel nidal tiernísimo
(sin espina, sin broza, sin piel apenas),
un niño deslumbrado por alguna coraza
manchada con su nombre.

[V]

No prenderá la flor: la estorba el tallo.
La piedra es losa y su cimiento
un terrón sin aroma.
Una raíz que pudre cuanto alcanza.
El río se disuelve
con sencillez de humo.

El fuego se refugia en la calina.
El aire es plomo, sofocante plomo.
No prenderá la flor.

[VII]

Aquí, como si fuesen algo, yacen
los huesos de los míos. Hubo un tiempo
ni siquiera lejano en que vistieron
el sueño de mil noches y una extraña
devoción por los días asignados.
Hoy descansan en paz. Son solamente
ascuas desaparejadas que el recuerdo
atiza sin rencor. Doy por perdido
el sudor de sus frentes. Les consagro
unas cuantas palabras no escuchadas,
un manojo de flores pertinaces
y un régimen absurdo de visitas.
Tú, caminante, lee y considera
esta victoria pírrica de quienes,
por estar muertos, ya no son mortales.

SILBO SIN AIRE

Yo nací sin mujer
el tiempo luego
fue y me la puso al lado
se olvidó de explicarme que las cosas
como vienen se van
que él mismo se las lleva
con invariable indiferencia
con el despego con que nos raciona
el ciclo de la luz
con la apatía con que nos despliega
este mapa de sombras cotidianas
flores de un día iguales a otras flores
y a flores de otros días
que brotan de repente
como una noria quieta
igual que llega un hijo
y otro hijo y un perro
que gimen o que ladran
sin saberlo y que un día
cuando giman otros niños
y ladren otros perros
volverán a no estar
cuando todos nosotros
quiero decir tú y yo

nacidos de mujer
padres tal vez de alguna mujer nueva
que el tiempo le dará postizamente
a quien no la merezca
gimamos y ladremos
creyendo que hemos sido
bestialmente felices
y que estaremos juntos
también cuando la muerte nos separe

PÁJARO EN MANO

*A Joaquín Sabina, por sus
«Ciento volando de catorce».*

Tras el naufragio de mis soledades,
cuando el tiempo nos da los malos días
y se acaba el alcohol en las ciudades,
lleno el vaso de roncadas melodías

y escucho sin parar a aquel andaba
que algunas veces vive y otras veces
nos invita a deshoras a su alcoba
y apura el corazón hasta las heces;

que antes de hacerse al mar quema las naves,
que huele las espinas de las rosas
y se ilusiona con las ilusiones;

porque quiero una copia de esas llaves
que encierran las mentiras más hermosas
en la pura verdad de sus canciones.

MUCHACHA VIEJA

Muchacha, ven aquí. Voy a decirte
lo que nunca te han dicho, voy a hacerte
lo que jamás te han hecho, lo que nadie
sino yo puede hacerte,
porque yo estuve el doce de diciembre
abrazado a otros ojos
y eran los tuyos los que merecía.
Los ojos que tenías
cuando solo eras tú,
larva a la espera de animosas alas,
ansiosa por cambiar los libros de aritmética
por la ciencia aplicada de la vida.

Fíjate,
es hoy el primer día,
parece que habrá tiempo para todo
y tus padres te ponen
alambres en la boca
y un profesor de inglés para el futuro.

Y yo me aproveché de tu inocencia.
Mejor que tú sabía
lo que inventan las piernas

cuando las bocas queman
y mueren de deseo como peces sin aire,
como aquel pez sin sombra que en los sueños
brilla como una llama,
arde como en los sueños arde el agua.
Mejor que tú sabía
las posibilidades de una alcoba,
las consecuencias de una noche en vela,
la maldición de una promesa en falso...

Y estoy mirando ahora
tu cabeza perfecta.
Sin tocarla percibo
que el pez de la ilusión sigue brillando
y de puro brillar ya se consume,
dejando en la penumbra
los desperfectos de mi anatomía.

Tú también has crecido,
muchacha vieja,
y hoy te he citado para confesarte
que me vales así,
deteriorada y todo,
porque así te tomé, porque sabía
que tu esplendor de las primeras noches
iba cargado con tu podredumbre.

Y he de volver al baile
una noche más negra,

tomarte una vez más por la cintura,
ecuador de otro mundo,
mundo creado y brote de otro mundo,
descerrajado vientre del que salen
otros viejos más viejos que nosotros
y acuden a la luz como polillas.
A la luz engañosa que nos pide:
salid a respirar,
venid y respirad con otros seres,
que es vida lo que veis.

Vieja muchacha, ven, no tengo nada
que tú no tengas, salvo el modo extraño
con el que digo y hago este poema.

SER Y ESTAR

[I]

He salido de noche a ver el día.
Una mujer de arena ávida y firme
esperaba mis huellas, y he dejado
todo mi peso en el mojado lecho
de la playa vacía. He caminado
perdiendo el hilo de la madrugada
para fundirme en el hervor del límite,
pero el tiempo seguía mi camino
hacia poniente con el sol a cuestras.
Y todo lo que he visto era comienzo:
la sal del agua inauguraba brillos,
las olas estrenaban sus desplantes
y las lombrices sus respiraderos.
La certidumbre de estas tercas horas
de poco me ha servido: nadie sabe
que he dejado mi casa, que he tocado
con fascinadas manos la reliquia
de una barcaza y su infinita muerte.
Está por terminar también mi sueño:
con mi menguante y resignada sombra
he vuelto exactamente por mis pasos
y yo mismo he borrado mis pisadas.

[XIII]

He vivido sin luz todo este tiempo.
Sobre las sombras que el azar proyecta
he pasado mil veces sin fijarme,
sin ver las llagas que la luz ha abierto,
hoy como ayer, en todos los caminos.
En el mío también.
Quizá mañana
me fijaré en la luz, sangre del día,
cuajada ante mis ojos.
Tendrá la solidez de lo creado,
como esta piedra en la que el mundo encierra
su tránsito de larvas.
Y veré en su interior lo que he esperado
todo este tiempo: nada,
la turbia claridad que se estaciona
en los rincones de este cuarto,
en la extraña insolencia de estas cosas
que ahora toco,
que acepto y que se yerguen, confundidas,
como se mezclan al final de un sueño.

[XVI]

Has despertado
con el raro dulzor del primer beso.
En la cama, contigo, reposa una mujer
que te ofreció su falta de reposo.

Sus besos son los últimos que ha dado
y ahora son tuyos ya,
digamos que son tuyos para siempre,
aunque los dio sin voluntad de entrega.
Los dio para olvidarlos
y tú los recibiste como si fuesen únicos,
como un fruto magnífico,
el premio por las horas derrochadas
en palabras amables, en caricias
mil veces ensayadas y en grotescos desvelos
que ninguna mujer te ha reclamado.
Y menos que ninguna, esta mujer
que no comparte el gozo de tu absurdo delito
de posesión.
Y te palpas el cuerpo como echando de menos
un cuerpo con más vida.

[XVIII]

Voy a hablar de mis manos.
Ayer,
cuando un gorrión se retorció en ellas,
eran tan solo manos para ser arañadas,
manos desmemoriadas como perros
que vuelven al cubil,
eran tan solo manos para ser ofrecidas,
porque la mano es don y ofrenda
de no se sabe quién,
eran tan solo manos inconscientes,

siempre por estrechar y siempre sin memoria,
porque ayer
la memoria era solo
hábito del sentido.
Pero ahora
el tacto a cuerpo joven envejece
lo mismo que estas manos,
y ya no sabré nunca
qué es lo que toco cuando toco un cuerpo.

[XX]

Como un gusano que taladra el cielo,
el sol pudre la luz.
Su corazón de aire
se extingue sin morir.
Ahí, donde tú estás, sigue latiendo.
Aquí, donde yo estoy,
la tarde cumple el rito del despojo.
Ahora
paseo sobre cáscaras de frutos,
entre los gases de los coches,
y veo y huelo y gusto y toco y oigo
solo lo que está fuera de las cosas.
Ahora me confío
a la inercia del mundo.
Vuelvo a la habitación
y casi con placer estoy cumpliendo
otro nuevo retorno sin regreso.

[XXI]

Sé que volveré a casa
cuando deje de ser y estar a un tiempo.

ISLA DE CINCO PUNTAS

Centro del centro.
Tierra sin tiempo.
Hueso del mundo.
Aire sin cerco.
Astro cercano.
Raíz sin fondo.
Muro de agua.
Lago de tierra.
Cielo en reflejo.
Todo en la nada.
Linde sin linde.
Fuego sin llama.
Llama en el agua.
Mar hacia adentro.
Raíz segada.
Cristal cegado.
Materia exacta.
Huida quieta.
Muerte en la vida.
Madre sin patria.
Matriz gastada.
Fondo de espacio.
Espina rota.
Deriva firme.
Mano vacía.

Grito encauzado.
Fuga sin fuga.
Vida varada.

Solo tú: isla.
Punto final.

NOMBRES DE ATOCHA

¿Para qué decir nada,
si es con los muertos con los que quiero hablar?
Los dioses que tenéis, los que tenáis,
los miserables dioses que os pusieron
la moneda en la boca,
reciben hoy su absurda y sucia paga
en la estación del sueño.
Os dirán que en el tren íbamos todos,
pero será mentira:
aquellos trenes todos los perdimos.

Yo escribo aquí, viviente
en esta tierra en la que nadie escucha,
y un cristal me separa de sus nombres.
Más allá del cristal los nombres fluyen,
se mecen sin impulso,
son palabras que forman un silencio
descomunal que ahora los hermana,
son llamas que crepitan sin ruido,
hojas de diario, ausencias en andamios,
ventanas por limpiar, hijos de nadie,
son peces sin agallas
bajo un caudal que crece y se desborda,

pequeñas vidas de desconocidos
que hoy el azar esculpe en una losa
con la fatalidad y la impudicia
de los partes de guerra.
Muertos que eran soldados sin saberlo.

Nosotros,
que vivimos tal vez injustamente,
invocamos con rabia
la olvidada lección de tanta historia,
evocamos con pena
el testimonio inútil de tanta fe de vida,
y decimos sus nombres
con miedo de sentirnos incapaces
del no previsto amor que hoy se merecen.

LA NOCHE TRISTE (LÁPIDA)

Sé que no está, pero he venido a verla.
Sé que de cualquier muerte tan lejana
solo suele quedar un breve asiento
en algún libro de registro.
Ahí estuviste tú, padre del padre,
llegado de tu tierra a la conquista
de una vida mejor en Cataluña.

Una vida menor,
cortada por la luz,
interrumpida sobre un surco ajeno,
y aquella noche triste,
con tu muerte sin sangre,
supimos que en el barro se quedaba
mucho oro perdido,
todo el botín de un héroe sin épica.
Después,
lo que no te robaron,
también diezmado y sucio,
cruzó sin alegría la frontera de Francia.

Yo cruzo sin tristeza el confín del olvido.
Sé que todas las muertes
acaban pareciendo naturales.

CEMENTERIO ALEMÁN

Ahora estamos mirando
las cruces y los nombres
de más de cien soldados alemanes
caídos por España
(a lo largo de España, quiero decir)
entre el 18 y el 45.
Nosotros
los miramos,
los tres vivos ahora,
ahora y todavía,
con el vigor de unos viajeros
medianamente jóvenes que acaban de comer,
pero más viejos ya que cualquier muerto
de los que aquí reposan.
Ellos,
caídos por España,
están juntos aquí, bajo cien cruces,
en una extraña formación
que fue imposible en tiempos de servicio,
y que ahora nos parece perversamente hermosa
y hermosamente triste,
así, alineados como un solo hombre,
como el cuerpo de un hombre
despedazado para apedazarse.

Ciento treinta soldados alemanes
sin la mutilación de la vejez,
muertos y juntos
desde siempre quizá como muñones
de una patria ilusoria
que aquí, lejos de casa, se ha formado
con jóvenes despojos.
Como un himno hecho solo de silencios.

Un poco más arriba los ampara
el recuerdo de un muerto más ilustre.
También las aliviadas parihuelas
en que viajó el emperador,
apedazadas y deshílachándose,
viven, sin peso ya, su propia ruina.
Y por fin entendemos
que no es la muerte lo que nos iguala
y que la carne
sigue viviendo porque se consume.

GEORGINA HÜBNER DE JIMÉNEZ

*Lo difícil cansa a los fáciles;
lo fácil, a los difíciles.*

J. R. J.

Amigo Juan Ramón, ¿qué pretendías?
¿En qué raro crisol, bajo qué sombras
ibas a hallar el brillo que buscabas?
Los hombres somos cosas, y las cosas,
bajo tanta atención, cobran con saña
su forma sin perfil, y al fin se pudren.
Y más si las miramos solamente
bajo la intensa luz de un necio sueño.
Morena y casta y triste, tu Georgina,
a pesar de la noche y del poniente,
perdura en los destellos de su nombre,
conseguido por ti para los otros:
ojos que no se cierran son sus ojos,
pues no puede morir lo que no vive.
Quiero darte las gracias por legarnos
la ilusa maravilla de tus versos
de poeta recién desengañado.
Porque yo te comprendo y te disculpo:
el oro del Perú, ¿quién no lo busca?;
el cebo del amor, ¿quién no lo muerde?

Pero lo que anhelabas no existía:
era tan solo, como tú dijiste,
la pompa de jabón de un niño idiota,
una onda, quizá, de un río seco.
Allí, cruzando el mar, no te esperaba
nada más que el helor de un bello embuste.
Qué cosas, Juan Ramón, tu muerta carne,
en la inercia final de su fracaso,
seguía persiguiendo a tu Georgina,
mía ya para siempre.

REUNIÓN DE AMIGOS

Yo sé que estuve aquí,
amigos de una noche o de una vida,
que el día se pudrió para nosotros
y floreció otra luz más necesaria,
la luz de una amistad bella y absurda,
sembrada por capricho
en la ceniza de las ilusiones.

Si no os evoco ahora,
¿quién podrá recordar que coincidimos,
quién podrá asegurar que aquel instante
tuvo la magia de lo no esperado,
de lo que luego apenas se menciona
como una noche más de tantas noches?

Yo sé que estuve aquí,
que estuvisteis aquí,
que después de estar juntos y felices
nos despedimos prometiendo vernos,
y nos vimos mil veces de otro modo,
al azar de las cosas sin motivo.

Pero el tiempo después altera nombres,
mutila confianzas, borra gestos
y malversa la cuenta de unas horas
que ahora busco y evoco
con la perplejidad de estar mirando
un vaso con espuma de cerveza.

Y mañana, que es hoy,
cuando el olvido cumpla
su pacto de agresión contra este instante,
diré: «Yo estuve aquí».
Y aquí está escrito.

FÓSILES

El tiempo se hace fuerte en la caducidad.



La memoria
es la limosna que el desposeído
se da a sí mismo.



El olor del jazmín es casi tacto.



En cada hijo se renueva el rito
de la extinción.



Todo el que vive
toma su duración como victoria.



Si el tiempo existe,
no es necesario que la muerte acuda.



Erguidos en el fondo del paisaje,
los árboles ofrecen
una falsa impresión de permanencia.



Cuando despierte,
el mar será una inmensa
playa vacía.



¿Cómo voy a estar solo,
si estoy completo?



Toda estancia es un tránsito.
Todo viaje se convierte en fuga.
Toda fuga es un fin que no se alcanza.

DIVIETO DI SOSTA

[I]

Estoy en lo más alto del Castel dell'Ovo.
He cruzado sin prisa la ciudad,
sin prisa y con asombro:
Sedil Capuano, Tribunali, Duomo,
San Giorgio, Spaccanapoli, Toledo,
Castel Nuovo, San Carlo, Plebiscito.
Es la ciudad la que pasó con prisa,
la que llagó mis ojos para siempre,
la que me atravesó.
Ahora,
en lo más alto del Castel dell'Ovo,
no reparo en el mar:
cierro exhausto los ojos
y a mis espaldas la ciudad resuella
con la opulencia del que vive mucho
y del que tiene mucho por vivir.

[III]

Lo fugitivo permanece y dura
en estas aguas que el amor invierte

hacia su manantial corriente arriba.
Son las aguas de un tiempo empantanado.

Mueren para nacer. Pero son otras
las que apagan la sed de los humanos
y remontan la historia entre estas calles
de tierra y de adoquín y de cemento.

No muy lejos de aquí vive la estirpe
de un venerado anciano que reprueba
a los devotos del amor furtivo.

Te miro ahora y tú, que no me miras,
deshaces en el río mi reflejo
y tal vez soy, en tu ciudad, eterno.

[VI]

Si conocéis Verona
sabréis que es tradición que los turistas
(habitualmente en grupos numerosos
que llegan de Venecia
y no hacen noche en la ciudad) visiten
con rapidez la Arena y, ya sin tiempo
para pisar San Zeno, se detengan
un instante en la casa de Julieta.
Al pie de su balcón, los transeúntes
posan tocando un pecho de la estatua

de la pobre muchacha,
ya cubierta de mugre por el tiempo.
Después de tantos años
de sudor sin lascivia de tantos japoneses,
ese pecho elegido,
solamente ese pecho,
conserva todo el brillo y la turgencia
de los primeros días.
Pero yo me he negado a mancillarlo,
porque sé que la vida no se esconde
en el bronce bruñado que deslumbra,
sino en la suciedad que desfigura.

[VII]

Cuando Leonardo patinó este fresco
le procuró la corrupción. Los rostros
y las manos sin voz de los apóstoles,
crispadas de traición o de sorpresa,
se iban deteriorando ante los ojos
serenos de Jesús, casi apagados.
Hoy la restauración de su mirada,
la obscena claridad que contemplamos,
hace aflorar humildemente en Cristo
una sombra de culpa y de vergüenza.
Sabe que nuestro Judas es el tiempo.

[XV]

En la ciudad del medio del camino
ya nada mueve el sol ni las estrellas.
Tú que poblaste, solo, estas esquinas,
tú que viviste aquí como vivieron
la peste negra y el amor sin mancha,
el fiero jabalí y el león sedente,
vuelves a un suelo que jamás fue tuyo.
Entras en el lugar como otras veces
y preparas de nuevo el fugitivo
y propicio consuelo que te aguarda
en la posteridad del alimento.
Subes una vez más a San Miniato.
La luz se descompone en su fachada
y pides la limosna de un recuerdo,
algo sólido y breve que desmienta
tu triste condición de caminante.

[XVI]

«Hasta aquí llegó el río». Tú acaricias
la reseca inscripción que conmemora
la crecida del Arno, y hoy su cauce,
ya devuelto a su ser bajo los puentes,
respetas con antigua cortesía
los sueños clausurados de esta casa
y deposita en ti su paraíso.

Como recién lavadas se pasean
ante tus ojos todas las edades.
Aquí se amaron Beatriz y Dante
sin ensuciar su amor con torpes besos;
aquí tu sucio amor pudre y envicia
el aire de tu boca, que es el mismo
que respiraste ayer. El que te queda.
Y el aire de los vivos, desbocado,
pródigo de esplendor y de belleza,
adorna la ciudad con su venganza.
En estas calles todo lo que tienes,
todo el color, toda la luz que admiras
sigue mermando tu caudal, y el tiempo
te mata con modales florentinos.

[XXI]

Como este perro muerto de Pompeya,
vivo en la obstinación de la ceniza.

LA SANGRE DE LOS FÓSILES

La sangre elemental del primer pulso,
tal vez brotada de soñada fuente,
quiso entrar en el cuerpo que ahora os habla,
quiso alentar la mano que esto escribe.
Si un día naufragáis en estas aguas
hallaréis los despojos de una vida
igual que las demás: desperdiciada
en un latir pautado y rutinario
y en la opaca ilusión de las palabras.

¿Qué torcida raíz vació su savia
hasta volverse piedra en este fósil
y merecer eternidad de lápida?
En el tallo sin brío que ve el tacto,
fantasma de una vida sin problemas,
está lo que busqué, lo que buscabais.
Por nuestra espesa y envarada sangre
circula la semilla de una bala.

VER A MARTA NADAR

No he hecho otra cosa en todo este verano.
Me siento al sol, rasgando el horizonte,
y la miro nadar,
y así como el océano la envuelve
en su honrada grandeza,
la rodean mis ojos recorriendo
en un sueño levísimo y ardiente
la sumergida carne misteriosa,
promesa de otras vidas en su estiba.

Miro la perfección de sus brazadas,
esa falsa indolencia con que flota
por encima de todo,
el moderado y terco
esfuerzo de la espalda deslumbrante,
su extraña finitud entre infinitos
de arena y aire y agua,
un cuerpo que en la luz clarea y fulge
siempre igual a sí mismo,
rompiendo olas para unirse al mundo,
mientras deja en su estela
un tributo de piel para los peces.

Y las humanas aspas de su impulso
amenizan la paz de mi mirada.

Veo
toda esta plenitud vacía y nueva
en los brazos de Marta,
que ante mis ojos
nada.

VASO DE AGUA

Yo veo un vaso y tú lo ves. Lo vemos.
Mi mano, o la tuya quizá,
lo llenará de agua.
Y mi boca y la tuya, que desean
su fría plenitud,
dejarán en su borde el breve sello
de una satisfacción que no se colma.
Mañana volverán la sed y el agua.
Yo espero estar aquí también mañana.
Volveré a preguntarte si este vaso
existe más allá de esta pequeña
fábula de mojada transparencia.

OTRA NOCHE TERRIBLE

Otra noche terrible.
Los perros balan dentro de mi vaso,
y bailan y se encastran
con un gancho candente,
y luego, sin soltarse,
me lamen las heridas,
las contaminan con su baba mezclada
de sed y de excremento,
y brota de ellas una flor pudriéndose,
en esta noche,
noche escuálida como sombra de galgo,
fina sombra afilada que me parte.

Y tú, luz de pureza,
impreciso destello,
sueño dentro de un sueño,
sueño dentro del sueño de un espíritu,
limpio vaso de aire,
¿dónde estás esta noche?

FUERA DE MÍ

Si estoy fuera de mí, ¿qué me sostiene?
¿Qué jauría interior corre y boquea
para erguir este torpe mecanismo
de huesos y de músculos?
¿De qué víscera brota el movimiento
y gira sobre el eje imperceptible
del hombre que está en pie
por una combustión que él no ha encendido?
Fuego que llama al fuego, sorda llama
que crepita al arder, sola, en su hondura.
Lo llaman corazón, y yo lo llamo
rosa de carne que nació sin tallo.

TANGO DULCE

Cuando abro la puerta y tú apareces,
la luz está de más y sobra el tiempo.

Yo sé que tú mañana
serás solo un objeto,
como ahora tendido,
tirado bajo el suelo,
pero ahora respiras
y escucho tu jadeo.
Tu música de oro
desnuda mi silencio.

¡Qué ganas de quedarme
sin más caudal que un cuerpo
hecho de tristes trizas,
alegres en tu fuego!
Si me fallan las fuerzas,
tu puñado de huesos
lleva a hombros la carne
que te espera en el lecho.

Cuando abro la puerta y tú apareces,
la luz está de más y sobra el tiempo.

TANGO AMARGO

Ya no puedo ser más de lo que he sido,
y lo que he sido es poco:
un tonto con las ínfulas de un loco
y el corazón podrido.

Podrido como fruto que va al suelo:
tengo entera la pulpa,
pero seca y polvosa, y mi consuelo
es canturrear mi culpa.

Mi culpa fue vivir, vicio corriente;
pero viví escondido:
no llamé la atención ni del olvido,
y me ignoró la gente.

La gente me da igual, pues entre todas
las bocas que respiran,
sólo una boca susurró en mi boca,
y dijo una mentira.

La mentira es moneda despreciable
que compra por menudo,

y yo me la embolsé para alegrarme,
y amanecí desnudo.

Desnudo y triste como un pozo ciego,
hondo, oscuro y amargo,
como un pozo tan negro, que el sediento
debe pasar de largo.

AUSÍAS MARCH

Hay algo en lo más hondo, y no es la lengua,
que hace que tú y yo nos entendamos.
No sé cómo explicarlo.
Yo nada sé de tu viril pasado
de naves y de halcones,
no poseo ni esclavos ni bancales,
y las mujeres que veía en verano en el pueblo
eran cuerpos estériles,
un gris despojo que todas las mañanas
se vestía de negro y se prendía
la tozuda blancura de una flor de jazmín,
perfumando el dolor y la alegría.

Tampoco creo que nos hermane
todo lo que no ha cambiado:
aquí un moro amputado por ladrón,
como la ley mandaba;
aquí un cura tirado en una era,
acribillado por sus parroquianos.
Porque el paisaje de nuestra sangre
y de nuestra barbarie
sigue siendo el mismo:
un mar que abrasa bajo un sol que ahoga.

Debe ser otra cosa
que yo no sé explicar.
Como un surco en el alma hecho en la tierra,
una inmundicia indómita por la que te veías
señoreando el cuerpo de una puta
mientras pensabas en la fe sincera
de las almas más puras, que ignoraban
un metal nobilísimo: el deseo.
Sólo era
una pequeña parte de lo que tú querías.

Pero quizá te entiendo por la razón más simple:
porque los dos hemos visto a unos chiquillos
corriendo por la plaza,
ociosos y felices,
premiados con la lepra de la vida.

13:40

El caminante mira a una pareja
que se besa con ganas de tocarse
y se acaba tocando.
Sobre el banco de un parque,
vestida para el frío del invierno,
bajo una piel ficticia,
como un solo animal desazonado,
la pareja se busca por instinto,
se retuerce con ansia
en su extraño cubil de leño y sueño,
y su deseo brilla en otros ojos.
En el fuego interior de quien la mira.

A · Ω

De todas las penumbras en que he estado,
ésta es la más profunda.

Por encima de mí duran los sueños.

Bajo el pulido envés de estas dos fechas
soy ruina de robadas esperanzas.

Lo que fui ya no es, y aquí os declaro
mi póstumo deseo: que esta muerte
a todos os parezca prematura.

BIOGRAFÍA

No querías nacer, pero has nacido.

No has sabido vivir, pero has vivido.

No evitarás morir, pero has escrito.

SEGUIRÉ ESCRIBIENDO HASTA QUE LAS COSAS MEJOREN. Por ahora están mal, siguen mal: un fuego intenso y lento, tozudo como el raspado o la escocedura de una caída antigua, se está comiendo mis vísceras, martillea en mi cabeza, late henchido en mis entrañas como papada de sapo, y supura un verde hedor enfermo, un apestoso verdor moribundo que intento sacudirme y me salpica la cara y me embadurna las manos, y yo me froto y me froto y se convierte en un azufre que me come la carne, que la afina y la apura con tanta claridad y transparencia, que muestra mis venas y mis nervios, y veo ahora el hueso de la infancia que me rompí cayendo de aquel poyo, tirándome a aquel pozo. Las cosas están mal, y seguiré escribiendo.

MENSAJE

No hay más felicidad que la buscada.
La que se encuentra acaba en el hallazgo
y su fuego se apaga dulcemente.
Es un nuevo tesoro, deslucido
como un traje barato,
un instante que muere mientras dura.
La victoria
se encierra en la ilusión, no en la conquista.
El hombre más feliz es el que espera.

FIN DE ESE MUNDO

Dicen que estás fuera del tiempo, dicen
que fuiste un sabio y no aprendiste nada,
que en páginas precoces te ganaste
la admiración del gremio,
pero no su respeto,
porque no frecuentabas las tertulias
de quienes decidían tu futuro
y escogieron mentirte. También dicen
que preferiste no seguir la hilera
de esos malos maestros que se empeñan
en aupar a hipócritas, a necios, a plagiarios.
Tampoco es un secreto que criaste
algún cuervo que otro al que hoy encuentras
en los cantos finales del *Infierno*.

Todo según la regla de esta vida:
la honestidad es lacra de apestados
y el triunfo es de los cínicos.

No importa.

Con su pan se lo coman. Tu futuro
está empezando ahora y nunca es tarde
para nacer en ti. Te espera un mundo
tuyo y nuevo a la vuelta de esta página.

CALEIDOSCOPIO

¿Qué hay detrás de la luz?
Más luz, más pura.
Hasta el cristal es aire. El aire, nada
que se pueda tocar, nada que pese,
cargado solo de un fulgor que encierra
todo lo que has vivido.
Nada que pueda verse.
El dibujo sin trazos de una sombra
hecha de claridad donde estuvieron
y todavía están
las personas que amaste,
las que tocaste sin amor un día
y sus perdidos nombres que ahora el vidrio
multiplica en reflejos. Todos tienen
la misma forma, porque iguales fueron.
En su desnuda masa, despojada
del ser y del vivir, de los perfiles
que contemplaste un día,
se hacinan sus vestidos, su saliva,
sus urgentes palabras de deseo
y los días de sangre de tu madre
cuando aún no eras tú ni ella era nada.

Todo eso es ahora
un pozo de colores,
un humo encajonado que adormece.
En su fondo hay más luz, como brotada
del vaho del fervor, que hoy solo es vaho,
el extraño matiz de otra pureza,
una lámina más, detrás de todo.

Hasta el cristal es aire, y en el aire
verás, roto en pedazos,
el último color, el que te abrasa.

GENERACIÓN

La cama es un espejo que nos deja desnudos.
Mi desnudez es negra como bilis de ciego.
Soy ciego como el niño sin ojos que ha sembrado
la imprudente blancura de estas vísceras
con el mismo legado de otros pobres
de solemne y lastrada mansedumbre.
Soy un caballo manso al que cabalgan
tiempos ciegos, y blancos, y desnudos,
tiempos para un vacío gesto inútil
como este húmedo hachazo, porque el surco
ya está abierto,
está ya roto el surco,
mi padre abrió el camino,
quiero decir el padre de mi padre,
que ya partió la entraña de esta madre,
y es ahora aquel hombre quien te cubre en el lecho,
pobre joven membrudo y vigoroso,
zapador inconsciente en esta cueva
luminosa de sábanas.
Es ahora aquel hombre quien te cubre,
te cubre y te descubre como un niño asombrado
sobre un canal sin fondo
y ante la vieja muerte hundida que el mar bruñe
más allá de este espejo.

UN POEMA INÉDITO

POÉTICA

Mis hijos dicen que mi mejor logro
es el *risotto* con limón. De nada
me ha servido con ellos tanto verso,
mío o de Dante,
ni los libros de estudios sobre Góngora,
los honores, los premios, los viajes,
la trabajosa cátedra,
los discos, los conciertos, los abrazos
con Sabina, Serrat y Paco Ibáñez,
las conferencias en la March...
Ellos me aprecian como cocinero
y tal vez como padre,
que son mis prestaciones más corrientes.
En realidad no hay cosa más sencilla:
los tienes sin pensar y se hacen solos,
casi como este arroz, para el que bastan
dos ingredientes más.
Ni siquiera la sal es necesaria.
Después de rehogar la cebolleta,
se tuesta unos instantes el arroz,
se le incorpora el jugo de un limón,
se va añadiendo y removiendo el caldo
y a los veinte minutos,
amalgamado con la ralladura

de ese mismo limón y, si se quiere,
algo de parmesano,
está para comérselo.
No hay más secreto que seguir las reglas
con pasión rutinaria:
así se oficia un rito cotidiano
que puede ser el último.
Lo mismo que el poema, destinado
a unos pocos hambrientos que nos quieren.

VERSIONES ORIGINALES

Dos de los poemas de la presente selección son, en realidad, traducciones de textos escritos o iniciados en otra lengua: «Otra noche terrible» en italiano y «Ausías March» en catalán. Estas son las versiones originales.

ANCORA UNA NOTTE ORRIBILE

Ancora una notte orribile.
I cani belano nel mio bicchiere
e ballano e s'incastrano
con un uncino ardente,
e poi, senza staccarsi,
leccano le mie piaghe,
le contaminano con la loro bava
di sete e di escremento,
e germoglia dalle piaghe un fiore putrido,
in questa notte,
squallida come ombra di levriero,
fine ombra affilata che mi taglia.

E tu, luce di purezza,
impreciso scintillio,
sogno dentro il sogno,
sogno dentro il sogno di uno spirito,
limpido bicchier d'aria,
dove sei questa notte?

❧

AUSIÀS MARCH

Hi ha alguna cosa al fons, i no és la llengua,
que fa que ens entenguem.
No sé com explicarho.
Jo no sé res del teu passat viril
de naus i de falcons,
no tinc bancals ni esclaus,
i les dones que he vist l'estiu al poble
eren cossos infèrtils,
una despulla grisa que es vestia de negre
tots els matins amb la blancor tossuda
d'una flor de gessamí,
perfumant la tristor i l'alegria.

Tampoc no crec que ens agermane
tot el que no ha canviat:

ací un moro amputat per lladreria,
com manava la llei;
ací un rector assassinat a l'era,
caçat pels seus veïns.
Perquè el paisatge de la nostra sang
i la nostra barbàrie
és encara el mateix:
la mar que crema i el sol que ennuega.

Deu ser una altra cosa
que jo no sé explicar.
Com un forat al cor fet a la terra,
una brutícia indòmita que et feia
senyorejar el cos d'una bagassa
mentre pensaves en la fe de veres
de les ànimes pures, que ignoraven
el metall nobilíssim del desig.
Només era
una petita part del que volies.

Potser t'entenc, però, per la raó més simple:
perquè tots dos hem vist
uns xiquets que corrien per la plaça
i badaven feliços,
distingits amb la lepra de la vida.

SOBRE LA PROCEDENCIA DE LOS POEMAS

En fechas recientes he publicado mi poesía reunida bajo el título de *Primeras voluntades*, organizando los textos según criterios temáticos y formales. En la presente selección, en cambio, se respeta el orden cronológico de publicación de los libros en que se incluyeron:

De *La espera* (1992): «Elegía», «Una albada más», «Epigrama», «Emblema» y «Cuento contado por un idiota».

De *Letras para cantar* (1997): «Glosa para tango», «Blanca y azul», «Mi alegre Valentina» y «Breve historia de España».

De *Camino de ronda* (1998): las secciones y fragmentos indicados.

De *Verdades y milongas* (2002): «Silbo sin aire» y «Pájaro en mano».

De *La sangre de los fósiles* (2005): «Muchacha vieja», «Ser y estar», «Isla de cinco puntas», «Nombres de Atocha», «La noche triste (lápida)», «Cementerio alemán», «Georgina Hübner de Jiménez», «Reunión de amigos», «Fósiles», «Divieto di sosta» y «La sangre de los fósiles».

De *Caleidoscopio* (2013): «Ver a Marta nadar», «Vaso de agua», «Otra noche terrible», «Fuera de mí», «Tango dulce», «Tango amargo», «Ausiàs March», «13:40», «A · Ω», «Biografía», «Seguiré escribiendo hasta que las cosas mejoren», «Mensaje», «Fin de ese mundo», «Caleidoscopio» y «Generación».

ÍNDICE

	PÁG.
El equilibrio imposible	5
Selección de poemas	31
Elegía	33
Una albada más	35
Epigrama	36
Emblema	37
Cuento contado por un idiota	39
Glosa para tango	40
Blanca y azul	41
Mi alegre Valentina	43
Breve historia de España	46
Camino de ronda	48
Silbo sin aire	59
Pájaro en mano	61
Muchacha vieja	62
Ser y estar	65
Isla de cinco puntas	70
Nombres de Atocha	72
La noche triste (lápida)	74
Cementerio alemán	75
Georgina Hübner de Jiménez	77
Reunión de amigos	79
Fósiles	81
Divieto di sosta	83
La sangre de los fósiles	88

Ver a Marta nadar	89
Vaso de agua	91
Otra noche terrible	92
Fuera de mí	93
Tango dulce	94
Tango amargo	95
Ausías March	97
13:40	99
A · Ω	100
Biografía	101
Seguiré escribiendo hasta que las cosas mejoren	102
Mensaje	103
Fin de ese mundo	104
Caleidoscopio	105
Generación	107
Un poema inédito	109
Poética	111
Versiones originales	113
Sobre la procedencia de los poemas	117
Índice	119
Bio-Bibliografía	121

BIO-BIBLIOGRAFÍA

José María Micó nació en Barcelona en 1961. Es poeta, músico y traductor. Estudió filología en la Universidad Autónoma de Barcelona y ha sido profesor en diferentes universidades, aunque ha ejercido principalmente como catedrático de literatura española en la Universitat Pompeu Fabra, donde fundó y codirige el Máster en Creación Literaria. De su obra filológica y ensayística destacan diversas ediciones de clásicos españoles, antologías comentadas de poesía y varios libros. Ha traducido a grandes autores europeos antiguos como Ramon Llull, Dante, Petrarca, Jordi de Sant Jordi, Ausiàs March y Ludovico Ariosto, y a varios poetas contemporáneos catalanes e italianos. A lo largo de su trayectoria ha obtenido premios de literatura (Hiperión y Generación del 27), de traducción (Premio Nacional de Traducción en España y en Italia, Premio Diego Valeri, Premio Ángel Crespo) y de investigación (ICREA/Acadèmia), además de algunos reconocimientos al conjunto de su obra, como el Premio Museo Liceo Egipcio de Humanismo o el Premio per la Cultura Mediterranea. En los últimos años ha iniciado una actividad musical, y como parte del dúo Marta y Micó ha compuesto una treintena de canciones y grabado cuatro discos.

POESÍA

La espera, Madrid, Hiperión, 1992.

Letras para cantar, Pamplona, Pamiela, 1997.

Camino de ronda, Barcelona, Tusquets, 1998.
Verdades y milongas, Barcelona, DVD, 2002.
La sangre de los fósiles, Barcelona, Tusquets, 2005.
Caleidoscopio, Madrid, Visor, 2013.
Blanca y azul, Zaragoza, Los libros del gato negro, 2017.
Primeras voluntades, Barcelona, Acantilado, 2020.

ANTOLOGÍAS Y TRADUCCIONES

Joaquim Manuel Magalhães, *Poesia espanhola de agora. Poesía española de ahora*, Lisboa, Relógio d'Água, 1997.
Por vivir aquí. Antología de poetas catalanes en castellano, 1980-2003, edición de Manuel Rico, prólogo de Manuel Vázquez Montalbán, Madrid, Bartleby, 2003.
José María Micó, Lérida, Universitat de Lleida, 2003.
Prima stazione. Poesie scelte 1992-2005, traducción de Francesco Luti, Florencia, Pagliai Polistampa, 2008.
Primera estación, Málaga, Centro Cultural Generación del 27, 2009.
«*Nací el 21 en primavera...*» *Voci della poesia spagnola contemporanea*, traducción de Paola Laskaris, Foggia, Sentieri Meridiani, 2013.

Antología poética personal, encarte de la revista *Lectura y Signo*, León, Universidad de León, 2013.

Ai margini di questi nostri corpi, traducciones de Paola Ambrosi, Giovanni Cara y Elisa Sartor, Venecia, I quaderni di Sinopia, 2013.

Tango dolce, traducción de Elisa Sartor, Vicenza, L'Officina, 2013.

Caleidoscopio, traducción de Pietro Taravacci, Florencia, Passigli, 2018.

Mar sin fronteras. Antologia liquida della poesia spagnola, traducción de Paola Laskaris, Bari, Stilo Editrice, 2020.

OBRA ENSAYÍSTICA Y FILOLÓGICA

Mateo Alemán, *Guzmán de Alfarache*, ed. José María Micó, Madrid, Cátedra, 1987.

Luis de Góngora, *Canciones y otros poemas en arte mayor*, ed. José María Micó, Madrid, Espasa-Calpe, 1990.

La fragua de las Soledades. Ensayos sobre Góngora, Barcelona, Sirmio, 1990.

Luis de Góngora, *Poesía selecta*, ed. Antonio Pérez Lasheras y José María Micó, Madrid, Taurus, 1991.

De Góngora, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001.

El «Polifemo» de Luis de Góngora. Ensayo de crítica e historia literaria, Barcelona, Península, 2001.

Paraíso cerrado. Poesía en lengua española de los siglos XVI y XVII, selección y edición de José María Micó y Jaime Siles, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2003.

Miguel de Cervantes, *Don Quijote en Barcelona*, edición de José María Micó, Barcelona, Península, 2004.

Las razones del poeta. Forma poética e historia literaria, de Dante a Borges, Madrid, Gredos, 2008.

Francisco de Quevedo, *Poesía esencial*, prólogo de Dámaso Alonso, edición de José María Micó, Barcelona, RBA, 2013.

Lazarillo de Tormes, prólogo de José María Micó, edición de Marta Boldú, Barcelona, RBA, 2013.

Rubén Darío, *Poesía esencial*, edición y prólogo de José María Micó, Sevilla, Sibila, 2013.

Clásicos vividos, Barcelona, Acantilado, 2013.

Para entender a Góngora, Barcelona, Acantilado, 2015.

Juan Ramón Jiménez, *Poesía escogida II (1909-1913)*, prólogo de José María Micó, Madrid, Visor, 2015.

Miguel de Cervantes, *Antología: Prólogos completos, selección de versos y antología esencial de «Don Quijote de la Mancha»*, edición de José María Micó, Barcelona, Austral, 2016.

El oro de los siglos. Garcilaso de la Vega, fray Luis de León, San Juan de la Cruz, Luis de Góngora, Lope de Vega, Francisco de Quevedo, edición de José María Micó, Barcelona, Austral, 2017.

De Dante a Borges. Páginas sobre clásicos, Barcelona, Acantilado, en prensa.

OBRA COMO TRADUCTOR

Ludovico Ariosto, *Sátiras*, Barcelona, Península, 1999.

Francesco Petrarca, *La medida del hombre. Remedios contra la buena y la mala suerte*, Barcelona, Península, 1999.

Ausiàs March, *Versek. Poemes. Poemas*, edición trilingüe con Déri Balász y Pere Gimferrer, Budapest, Íbisz, 1999.

Josep Piera, *Soy aquel que se llama Ausiàs March*, Barcelona, El Aleph, 2002.

Ausiàs March, *Páginas del Cancionero*, edición bilingüe con Costanzo Di Girolamo, Valencia-Madrid, Pre-Textos, 2004.

Ludovico Ariosto, *Orlando furioso*, Madrid, Espasa-Biblioteca de Literatura Universal, 2005; nueva edición revisada: Barcelona, Austral, 2017.

Jordi de Sant Jordi, *Poesía*, Barcelona, Barcino-DVD, 2009.

Obra ajena. Dante, Jordi de Sant Jordi, Ausiàs March, Ariosto, Tasso, Shakespeare, Goethe, Housman, Auden, Montale y otras versiones de poesía europea, Madrid, Devenir, 2014.

Pere Gimferrer, *El castillo de la pureza*, Barcelona, Tusquets, 2014.

Narcís Comadira, *El arte de la fuga. Antología del autor*, edición bilingüe con Jaume Subirana et al., Madrid, Cátedra, 2015.

Ramon Llull, *Vida del maestro Ramón*, Valencia-Barcelona, Pre-Textos-Barcino, 2015.

Valerio Magrelli, *66 poemas. Antología*, Ciudad de México, AnDante, 2017.

Ausiàs March, *Dictats. Obra completa*, edición bilingüe con Robert Archer y Marion Coderch, Madrid, Cátedra, 2017.

Dante Alighieri, *Comedia*, Barcelona, Acantilado, 2018.

OBRA MUSICAL

Marta y Micó, *En una palabra*, Picap, 2015.

Marta y Micó, *Memoria del aire*, Picap, 2016.

Marta y Micó, *Gimamos y ladremos*, Autoeditarte, 2018.

Marta y Micó, *Mapa de sombras cotidianas*, Satélite K, 2020.

La Fundación Juan March es una institución familiar, patrimonial y operativa creada en 1955 por el financiero Juan March Ordinas con el propósito de promover la cultura humanística y científica en España. Su historia y su modelo institucional, garantía de la autonomía de su funcionamiento, contribuyen a concretar su misión en un plan definido de actividades, que atienden en cada momento a las cambiantes necesidades sociales y que en la actualidad se organizan mediante programas propios desarrollados en sus tres sedes, diseñados a largo plazo, de acceso siempre gratuito y sin otro compromiso que la calidad de la oferta cultural y el beneficio de la comunidad a la que sirve.

La Fundación produce exposiciones y ciclos de conciertos y conferencias. Su sede en Madrid alberga una Biblioteca de música y teatro español contemporáneos. Es titular del Museo de Arte Abstracto Español, de Cuenca, y del Museu Fundación Juan March, de Palma de Mallorca. Su Centro de Estudios Avanzados en Ciencias Sociales, donde se ha doctorado cerca de una centena de estudiantes españoles, se halla ahora integrado en el Instituto mixto Carlos III/Juan March de Ciencias Sociales, de la Universidad Carlos III de Madrid.

pyp

[38]



FUNDACIÓN JUAN MARCH